

SAN IGNACIO HOMBRE DE LA IGLESIA

SUMMARIUM. - Ignatium « virum Ecclesiae » fuisse hoc unum significat: eius ad Ecclesiam habitudinem in aliquo adpectu peculiari, ut puta theologi et ne ipsius defensoris quidem, continendam non esse, sed totam sancti personam complecti et afficere. Quod tribus capitibus asserit A., historice agens de sensu Ignatii ecclesiali, deinde eiusdem ecclesialem conceptionem enucleans, tandem ad Ecclesiam ipsius habitus recolens. Igitur: I. *Sensus Ignatii ecclesialis* investigatur 1. elementa eius primigenia determinando, 2. vitalem eius evolutionem prosequendo, 3. ecclesialis visionis progredientem purificationem et spiritualem elevationem illustrando, 4. totalem denique a S. Pontifice dependentiam efferendo. II. *Conceptio Ignatii ecclesialis* inquiritur demonstrando 1. eam essentialiter christocentricam esse dicendam, 2. Ecclesiam fontem vitae spiritualis fontem aestimari, atque 3. normam veritatis. III. *Ignatii ad Ecclesiam habitus* hi sunt praecipui: 1. amor erga ipsam, necnon 2. in ipsam fides atque fiducia.

San Ignacio es ante todo y sobre todo el hombre de la Iglesia. Decimos: el hombre, no el teólogo, ni siquiera el defensor. No es solo su pensamiento o un plan combinado apostólico el que gira en torno a la Iglesia, es todo su ser.

No busquemos en el santo conceptos profundos u originales sobre el misterio o la teología de la Iglesia. Pensaba como pensaban los hombres de su tiempo. Es verdad que aun en su concepción hay algunos matices particularmente bellos y profundos, fruto de las gracias místicas y de su vocación que le obligó a reflexionar más que otros en la naturaleza de la Iglesia, pero no es esto su fuerte. Lo importante en él es la actitud de toda su personalidad. La Iglesia se convirtió para él en el norte de su vida, en su gran amor.

Dado que la Iglesia fue el motor y el alma de su actividad, para comprender en toda su magnitud el alcance de esta realidad, sería necesario estudiar toda la vida y actividad del santo. Ya que esto es imposible, veamos por lo menos el modo como el sentimiento de la Iglesia fue desarrollándose en él, y posesionándose de todo su ser. Porque la actitud de Ignacio hacia la Iglesia, precisamente porque fue vida y no solo pensamiento, fue encarnándose y madurando gradualmente y estuvo al vaivén de mil circunstancias ambientales. Sin el estudio de este proceso y de este des-

¹ Bibliografía sobre el tema puede verse en Ignacio IPARRAGUIRRE, S. I., *Orientaciones bibliográficas sobre san Ignacio*. Roma, Inst. hist. S. I., 1965 2ª ed. nn. 310, 452-456 y 586-588. Queremos señalar de modo especial Burkhart SCHNEIDER, S. I., *Die Kirchlichkeit des hl. Ignatius von Loyola*, en *Sentire Ecclesiam*, herausgegeben von Jean Daniélou, S. I. und Herbert Vorgrimler, S. I. (Freiburg, Herder, 1961) pp. 268-300.

arrollo nunca podríamos llegar a percibir lo más personal y profundo del sentido eclesial del santo.

A esta dimensión en profundidad corresponde otra en extensión. También aquí hubo un proceso gradual. Ignacio hombre de acción, vio la Iglesia sobre todo en sus jefes o en aquellos que le transmitían alguna orden eclesiástica o gozaban de jurisdicción: jueces eclesiásticos, superiores religiosos, obispos, y sobre todo el Sumo Pontífice. El al principio se sintió un profano, un cristiano ordinario, que formaba parte de la Iglesia, pero como si la acción divina obrase en él de una manera muy secundaria. Aunque nunca llegó a la concepción de pueblo de Dios, del Concilio Vaticano II, la intimidad con Jesucristo le fue haciendo caer en la cuenta de su vocación eclesial personal. Cada vez se sintió más Iglesia y la fue viendo de modo más universal.

Pero de hecho donde históricamente ha dejado más datos concretos de su devoción eclesial es en sus relaciones con el Sumo Pontífice. Allí como en ninguna otra parte se puede descubrir su pensamiento. Por ello tendremos también nosotros que fijarnos de un modo especial en ello, pero, lo decimos de una vez para siempre, lo hacemos sólo por el valor que tiene para iluminarnos de una manera precisa, el sentir de san Ignacio sobre la Iglesia.

I - SENTIDO ECLESIAL IGNACIANO

1. Elementos primordiales

La devoción a la Iglesia de san Ignacio brota espontáneamente en el clima de su infancia. Se manifiesta primero como devoción y veneración a San Pedro. Contribuyó a ello la existencia de una ermita de San Pedro contigua a la casa solariega de Loyola, a donde tenía que dirigirse frecuentemente de niño, y la parroquia de san Pedro de Arévalo donde pasó lo mejor de su adolescencia y juventud. Y sobre todo la reverencia a la jerarquía y a las tradiciones eclesiales en que se educó, el ambiente de defensa de cristianidad que se respiraba en torno a él. En Loyola, como él mismo escribe a su sobrino, le espoleaban a señalarse y seguir las huellas de sus antepasados que habían luchado valientemente en defensa de la fe católica.² En Arévalo todo le estaba recordando la campaña plurisecular de la reconquista española. Prueba de lo que en aquel ambiente se apreciaba la figura del Romano Pontífice es lo primero que comunica a su sobrino: la aprobación y confirmación de la Compañía hecha por el « Vicario de Cristo nuestro Señor ».³

² Carta de fin de setiembre de 1539 en « Monumenta Historica Societatis Iesu » (= MHSI), *Epistolae Sti. Ignatii*. (= Epp.) I. pp. 148, 150 y en *Obras completas de san Ignacio*. Madrid, BAC, 1963, 2ª ed. (= BAC pp. 636, 637).

³ Epp. I, pp. 149, 150; BAC pp. 636, 637. Es un concepto que repite en otras varias ocasiones.

2. Desarrollo vital

La *Autobiografía* nos muestra cómo el mismo Dios fue dirigiendo la evolución de este sentimiento. Iba « enseñándole » como « un maestro de escuela a un niño »⁴ en función de la misión a la que le iba preparando. Le comunicó una luz sobrenatural intensa del sentido de la Iglesia. Nadal en una plática de 1554, en vida todavía del santo, describe cómo fue « guiándole el Señor ». Le fue « dándole... grande conocimiento y sentimientos muy vivos de los misterios divinos y de la Iglesia ».⁵

Este testimonio es para nosotros de extraordinario valor. En el momento en que el Señor le colmaba de dones y gracias especiales, en que corría el peligro, dado el estado de la Iglesia de entonces y la naturaleza de tantos movimientos seudomísticos, de desestimar el valor espiritual de la Iglesia, recibió una luz que le hizo ver cómo la Iglesia contenía el espíritu más puro y auténtico.

Ha quedado constancia de las experiencias con que el Señor iba guiando al santo, en un documento solemne, en la Bula de confirmación de la Compañía de Jesús, de Julio II. Se escribe allí: « edocente experientia ac usu rerum ».⁶ Obsérvese. Las experiencias habían culminado en un someter al Sumo Pontífice los planes, habían reforzado la vocación de servicio a la Iglesia.

La historia de la vida del santo de Manresa a Roma confirma este hecho. Muestra cómo se fue integrando en la devoción personal y en los intereses espirituales privados otra vocación más universal y eclesial. La primera, hubiera sido la vocación de Iñigo. La segunda fue la de Ignacio. La primera gravitaba en torno a Palestina. Se reducía a vivir allí como piadoso peregrino, o si se prefiere, como un nuevo cruzado espiritual. La segunda se polariza en Roma, en la tierra del sucesor de Jesús. Es un ponerse a las órdenes del Vicario de Cristo.⁷

Esta transformación en hombre de la Iglesia supuso inicialmente una ruptura con los ideales primeros. El santo se había trazado su plan de santidad. Se sentía capaz de llevar adelante un plan teórico. Lo creía garantizado con gracias especiales y aun visiones celestiales. « Se le ofrecían deseos de imitar los santos, no mirando más circunstancias que prometerse así con la gracia de Dios de hacerlo como ellos lo habían hecho. Mas todo lo que deseaba hacer, luego como sanase, era la ida de Jerusalén... con tantas disciplinas y tantas abstinencias, cuantas un ánimo generoso, encendido de Dios suele desear hacer ».⁸ Estas líneas reflejan el ardor

⁴ *Autobiografía* n. 27, MHSI, *Font. narr. I* p. 400; BAC p. 103.

⁵ MHSI., *Epp. Nadal V* p. 40.

⁶ MHSI. *Constitut. I* p. 375.

⁷ LETURIA, Pedro S. I., *Jerusalén y Roma en los designios de san Ignacio de Loyola, Estudios ignacianos*, Roma, Inst. Hist. S. I., 195(, I pp. 181-200.

⁸ *Autobiografía* n. 9. *Font. narr. I* p. 374; BAC p. 92.

interior que animaba aquellos deseos. Para él la santidad era sobre todo eso: luchar por su Señor. Y del modo más intenso posible. Jerusalén era la tierra santificada por la presencia de su Amado. En ninguna parte podía sentirle tan cerca como allí. Y salió de Loyola decidido a pasarse la vida en Jerusalén.

Venciendo mil dificultades, que no son del caso relatar, llegó a la que era ya su patria espiritual de adopción. Pero un superior jerárquico, legítimo representante de Dios y de la Iglesia, le manda en virtud de santa obediencia abandonar aquella tierra, convertida para él ya en la patria de su corazón. Fue el primer encuentro duro con un representante de la Iglesia. Le manda algo que se oponía a lo que él juzgaba voluntad de Dios. Personalmente el Señor se lo había mostrado de múltiples formas, algunas especiales, visiones, iluminaciones. Había recibido visitas del Señor y de la Virgen. En la iluminación del Cardoner, se le habían abierto los ojos del entendimiento « con una ilustración tan grande que le parecían todas las cosas nuevas... recibió una grande claridad en el entendimiento, de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años [la edad que tenía cuando dictó eso], coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto como de aquella vez sola ».⁹

La orden del superior parecía estar en contra de lo que el mismo Señor le había indicado personalmente de tantas maneras. Parecía que iba a abrirse el clásico conflicto entre el espíritu y la Iglesia, el que se dio en su tiempo en tantos conventículos de alumbrados. Pero venció su amor a la Iglesia. Apenas le dijo el provincial « que ellos tenían autoridad de la Sede Apostólica para hacer ir de allí, o quedar allí, quien les pareciese », ¹⁰ no quiso saber más. Le bastó esta orden para entender « que era voluntad de Dios que no estuviese en Jerusalén ». ¹¹ Era la primera gran victoria del amor de la Iglesia. Este primer choque no iba a producir un amargado, ni iba a separarle de la Iglesia. Iba a madurar espiritualmente su adhesión incondicional.

Dios siguió exigiendo a san Ignacio sacrificios de ideales personales en aras de su amor a la Iglesia. Los jueces legítimos eclesiásticos de Alcalá, Salamanca y París van poniendo cortapisas a sus planes: « Mis superiores —escribirá él años más tarde, recordando estos sucesos,— hicieron tres veces proceso contra mí, fui preso y puesto en cárcere por cuarenta y dos días ». ¹²

San Ignacio era un hombre eminentemente reflexivo. Reexaminó el proceso a la luz de los nuevos sucesos. No quería volver a

⁹ *Autobiografía* n. 31. *Font. narr. I* p. 406; BAC p. 105.

¹⁰ *Autobiografía* n. 46. *Font. narr. I* p. 424; BAC p. 113.

¹¹ *Autobiografía* n. 50. *Font. narr. I* p. 430; BAC p. 115.

¹² *Epp. I* p. 296; BAC p. 662.

caer en semejantes escollos. Quería seguir un camino cierto. Y vio ahora que necesitaba para ello una norma segura, un guía. No le bastaba, como hasta entonces, la seguridad personal interna. Podía equivocarse. Ese guía, ese faro iba a ser en adelante « la nuestra santa madre Iglesia hierárquica ». ¹³ Era « santa » y era « jerárquica ». Se daba en ella la fusión de los dos elementos: de la ley y del amor, del espíritu y de la organización. Siguiendo esta nueva táctica buscará siempre la confirmación de la Iglesia, aun en aquello en que el Señor le había guiado y dirigido más personalmente: en la composición del libro de ejercicios. Roma iba a ser su Jerusalén.

Dios quiso sellar de modo peculiar la sumisión de Ignacio. Una vez que él se somete plenamente a la jerarquía, y busca en ella el refrendo a las inspiraciones y gracias divinas, Dios vuelve a hacerle sentir por vía de luces interiores la certeza de la orientación que la Santa Sede seguía con él. Se da de nuevo en su interior el abrazo de paz entre la jerarquía y el espíritu. Percibe en lo más íntimo del ser que lo que Dios le enseña personalmente, coincide plenamente con las indicaciones de la Iglesia.

Estas luces culminan en la visión de La Storta en la que en el momento en que va a ponerse a las ordenes del Sumo Pontífice, dejando sus ideales jerosolimitanos, siente que el Padre le asocia a su Hijo. ¹⁵ Es el preanuncio de que el Papa le va a asociar a la Iglesia y de que va a encontrar en ésta la plena confirmación de sus ideales. Las pruebas de los tribunales eclesiásticos y del superior palestinese se trasforman en fuente de consolación y paz.

3. Purificación y espiritualización de la visión eclesial

La maduración y asimilación de Ignacio, que acabamos de describir, fue insensiblemente clarificando y purificando la visión de la Iglesia y los ideales del santo.

Se había acostumbrado a contemplar de pequeño a la Iglesia como la vencedora de los árabes, la triunfadora en América. La jerarquía se manifestaba revestida de grandes dignidades externas. El Papa era Rey y Señor de un Estado. Luchaba no pocas veces con las armas para llevar adelante sus concepciones políticas y sus intereses temporales. Más aún. La mayoría de los Papas del tiempo del santo siguieron una política más bien contraria a los intereses del rey de España, que sintetizaba los ideales terrenos de Ignacio. Baste recordar a Clemente VII y Paulo IV. Tenían miedo de quedar oprimidos por el inmenso poder español que poseía casi todas

¹³ *Ejercicios* n. 353.

¹⁴ *Ejerc.* nn. 353 y 365. Usa una expresión idéntica en una carta suya de 9 julio de 1550. *Epp.* III p. 114.

¹⁵ Sobre la famosa visión de La Storta cf. IPARRAGUIRRE, *Orientaciones bibliográficas*, nn. 179-186.

las fronteras circundantes del Estado Pontificio y buscaban a base de alianzas, principalmente con Francia, contrabalancear la hegemonía española.

La visión de la Iglesia recibía necesariamente una coloración demasiado política. Se mezclaban sus intereses temporales con los de cada nación, se la veía amiga o enemiga, según la política que siguiese y los ideales del Papa que reinase en cada momento.

Se añade que Dios quiso probar de modo especial al santo en este campo. Le fue poniendo Pontífices, grandes por un lado, que realizaron empresas providenciales en favor de la renovación espiritual de la Iglesia, pero por otra con ideales e intereses no pocas veces demasiado humanos y casi siempre contrarios a los del santo. No nos referimos ahora a la visión política, sino a la conducta espiritual. Paulo III usó de su sagacidad y potencia para crear una dinastía entre sus nepotes y allegados. Paulo IV, encarnación de la reforma, no entendía la concepción espiritual de Ignacio. El santo había sincronizado profundamente con Marcelo II, pero su pontificado fue uno de los más breves de la historia del pontificado: 22 días.

Dios exigió que propusiese sus ideales de renovación y reforma a estos Papas, de ideología distinta, que estaban trabajando por llevar adelante intereses espirituales contrarios a los que él propugnaba. Nada de esto hubiese podido realizar sino hubiese precedido en su interior una clarificación interior distinguiendo los elementos humanos y divinos, terrenos y espirituales del Pontificado.

A la vez se percibe en esta actitud la profundidad de la maduración realizada en el alma del santo de la visión eclesial, de que hablamos antes. Aplicó a las circunstancias concretas en que se movía los principios que habían ido tomando consistencia en su interior: la Iglesia necesita la vivificación del espíritu, y el espíritu debía ser encauzado por la Iglesia. El espíritu era la voz de Dios y no podía haber contradicción entre lo que el mismo Dios inspiraba respecto a una misma cosa en circunstancias idénticas a través de dos formas diversas. Supondría una contradicción absurda en el mismo Dios.

Hugo Rahner ha estudiado con exquisita sensibilidad la relación entre el espíritu y la Iglesia en san Ignacio.¹⁶ Vio el santo que todo espíritu necesitaba de una forma, como el agua de un recipiente. El Espíritu llama a la Iglesia y la Iglesia es palabra escrita, ley, historia, razón. Pero este principio tiene una contrapartida: no se puede olvidar que el espíritu no puede ser aprisionado, que si se le contiene en límites demasiado estrechos, desborda, que él sopla donde quiere. Es la dialéctica — continúa Rahner— de la

¹⁶ HUGO RAHNER, S. I., *Geist und Kirche*, in *Geist und Leben* 31 (1958) pp. 117-131. Traducción francesa en *Christus* 5 (1958) n. 18 pp. 163-184.

palabra celebre que penetra en lo más íntimo de Ignacio y de su teología: « No quedar encerrado por lo más grande, pero estar contenido por lo más pequeño, es cosa divina ». Es también la dialéctica de la elección en los ejercicios: estar abierto al llamamiento único y singular de Dios y, en el mismo movimiento, estar a la escucha de la Iglesia jerárquica; entender el espíritu en lo interior y en lo exterior, someter suavemente al veredicto de la razón la impulsión del espíritu que pronuncia sobre mí su palabra única e irrevocable, estando convencido que mi interioridad y la Iglesia jerárquica tienen el mismo espíritu. La dialéctica puede y debe invertirse: no se debe nunca ser enteramente racional, ni olvidar que el Espíritu sopla donde quiere. Hay que estar siempre abierto a la impetuosidad de su moción, dejar un puesto en la Iglesia para el entusiasmo y el ímpetu, para lo extraordinario y lo bello.¹⁷

La fuerza de san Ignacio consistió en no haber anulado ninguna de las dos fuerzas, en haberlas integrado en una unidad. Los males que percibía de la falta de espíritu que se daba en algunos sectores de la Iglesia y de la falta de sumisión eclesial en algunos que se creían dominados por el espíritu, fueron la experiencia providencial que le llevó a esta clarificación que forma la base de su discreción espiritual.

El no se dejó aprisionar por ninguna forma. Propuso al Papa las reformas más valientes. Pero tampoco se dejó dominar ciegamente por ningún espíritu. La Iglesia era su garantía. No podía ser espíritu de Dios el que no llevase a amar lo que Dios quería se cumpliera. Es señal que el espíritu es bueno —escribe— « si induce a la observancia y amor de todo lo que el hombre es obligado por servicio de Dios nuestro Señor ». ¹⁸ Se entiende bien lo que escribe Gonçalves da Camara: « Sempre N. P. mostrou aversão a prophecias, qua não fossen approvadas polla Igleja ». ¹⁹

El santo escribiendo a una alma de espiritualidad elevada, Teresa Rejadelle, explica con toda claridad la necesidad de que el espíritu se mueva dentro del cauce de la Iglesia. Le habla de gracias intensas que Dios a veces concede a un alma: « Acaeze que muchas veces el Señor nuestro mueve y fuerza a nuestra ánima a una operación o a otra abriendo nuestra ánima ». Parece que no puede haber potencia humana que se oponga a esta « fuerza » divina. Y sin embargo continúa el santo: « necesario es conformarnos con los mandamientos, preceptos de la Iglesia y obediencia de nuestros mayores ». A continuación da la razón de esta actitud: « porque el mismo espíritu divino es en todo ». ²⁰

¹⁷ RAHNER p. 123.

¹⁸ *Epp. XII* p. 642 n. 11.

¹⁹ *Font. narr. I* p. 707.

²⁰ *Epp. I* p. 105.

San Ignacio supo ver el « espíritu » en la Iglesia, distinguir entre las formas profanas y las que tocaban a su esencia. Su visión eclesial fue purificándose y espiritualizándose al contacto de la realidad. Las experiencias divinas y la reflexión humana le fueron dando la medida exacta de lo humano y lo divino de la Iglesia.

4. Dependencia total del Romano Pontífice

Vale la pena estudiar el modo como san Ignacio llevó adelante su plan de fundación de la Compañía de Jesús. Nada nos iluminará mejor el modo como entendía en la práctica lo que defendía en teoría. Nada nos hará ver mejor cómo se encarnó en él el espíritu eclesial.

Comencemos por el voto que hicieron en Montmartre el 15 de agosto de 1534. Se unieron en vínculo de caridad fraterna, unidos por un ideal común. Determinaron ir a Jerusalén y ver allí lo que sería más conveniente.²¹ Es una resolución privada. No hay ningún voto de obediencia. No hay relación alguna con la jerarquía. Y sin embargo no quieren emprender el viaje sin someter el plan al Sumo Pontífice. Oigase lo que escribe Polanco.

« Deliberorno, finiti li studii, mettere in essecutione gli desiderii che Iddio gli dava, et a certo giorno uscir di Parigi et venir alli piedi del Papa, come Vicario di Christo, et supricarlo gli desse sua benedittione et licentia di passar in Hierusalen, et restar di là, per far fra infideli quello che potessino nel servitio di Dio, o vero di ritornar di quà per il fine medesimo, dubitando qual di queste due parti sarebbe più grata a Dio, et sperando che gli daria ad intendere al suo tempo qual fusse la sua santissima volontà, per adimpirla, colui che tanto dava a tutti desiderarla ». ²²

La necesidad de acudir al Pontífice aparece desde el principio. Van a él no sólo para pedir permiso, cosa obligatoria, sino para someter todos sus proyectos. No pudieron ir a Jerusalén. Tenían entonces que cumplir la segunda parte del voto, presentarse al Papa para que les mandase donde « giudicasse che Giesu Christo saria più servito ». Polanco indica también la razón de esta resolución, « perche così erano persuasi, che per mezzo del suo Vicario si degnaria Christo indrizzarli nella via del suo maggior servitio ». ²³

Este presentarse al Papa lo consideraron como « memoriale beneficium et quasi totius *fundamentum* » y era un entregarse « in holocaustum Summo Pontifici Paulo III, ut videret in quo possemus servire Christo in aedificationem omnium... in perpetuum et parati etiam ire ex oboedientia sua etiam ad extremos Indos ». ²⁴

²¹ LETURIA, *Estudios ignacianos I* pp. 190-195.

²² *Fontes narr. I* p. 264 n. 7.

²³ *Ibidem*. Fabro expone lo mismo en *Epp. I* p. 132. BAC p. 669.

²⁴ *Font. narr. I* p. 42.

« El fundamento » no eran sus deliberaciones, ni siquiera la inspiración divina. El fundamento era la Iglesia. La luz tenía que venir de Dios. El Papa, como representante suyo, era el que mejor podía guiarles. En las Constituciones, san Ignacio, hablando del cuarto voto que hacen los profesos de obediencia especial al Sumo Pontífice, recuerda este hecho y señala esta razón. « Porque como fuesen los que primero se juntaron de la Compañía de diversas provincias y reinos, no sabiendo entre qué regiones andar, entre fieles o infieles, por no errar in via Domini hicieron la tal promesa o voto, para que Su Santidad hiciese la división dellos a mayor gloria divina, conforme a su intención de discurrir por el mundo ». ²⁵

La voluntad del Papa quedó como la norma práctica de acción aun después de constituida la Compañía. El Romano Pontífice había aprobado ya la orden, les había asignado un fin y unos medios. Tenía la Compañía superiores propios. En las Constituciones se asignaron los principios que debía regir la selección de las actividades: « el mayor servicio y bien universal ... ». Acudir a « la parte della [de la viña del Señor] que tiene más necesidad ». « Mirar dónde es verisímil que más se fructificará con los medios que usa la Compañía ». « Porque el bien cuanto más universal es más divino, aquellas personas y lugares que, siendo aprovechados, son causa que se extienda el bien a muchos otros que siguen su autoridad o se gobiernan por ellos, deben ser preferidos ». ²⁶

Como se ve, la Compañía poseía ya un cauce normal. Sin embargo como fundamento de esta actividad queda la voluntad del Papa. Se podía llamar a esta actitud un « superprincipio » o principio supremo en la selección de ministerios. Todo quedaba supeditado a su voluntad. Los profesos hacían un voto especial de obediencia al Sumo Pontífice, de ir 'dondequiera que él juzgase ser conveniente'. ²⁷ Quería el Santo que se mantuviese lo más inmediata posible la dependencia respecto al Papa. No cedía en este punto. En una carta a Francisco de Villanueva de 1 setiembre de 1555, cuando por consiguiente estaban ya escritas las páginas de las Constituciones que hemos citado, escribe aludiendo claramente a esos principios. Dado que hay algunas necesidades « tan urgentes y de tanta importancia », es decir, dado que se dan en la práctica las condiciones que se ponen en las Constituciones para preferir unas actividades a otras, las que cumplen esos requisitos « según la órden de la caridad se deben anteponer a otras ». Pero añade en seguida: « aunque las necesidades fuesen menores, la obediencia del Vicario de Cristo nuestro Señor las hacía mayores ». ²⁸ Dicho con otras palabras. Sobre los principios de las Constituciones de la

²⁵ *Constituciones* de la Compañía de Jesús (= Const.) n. 605.

²⁶ *Const.* n. 622.

²⁷ *Const.* n. 603.

²⁸ *Epp.* IX p. 527.

urgencia y de la necesidad, está el de la obediencia al Papa. En el caso se aludía a misiones encomendadas por el Vicario de Cristo: Etiopía, Alemania y Polonia. No se podía aplicar la norma de la urgencia. Aunque se probase que había mayor necesidad en otras partes, había que tomar esas misiones.

A esta luz cobra nuevo fulgor la frase que escribió al Dr. Ortiz sobre el ideal de la Compañía. Se puede considerar lo que indica como cifra de su pensamiento en esta línea. El Beato Fabro había sido designado para el concilio de Trento conforme al deseo del Pontífice de « que algunos desta mínima Compañía... se hallasen en el Concilio ». Como el Beato, uno de los designados, se encontraba junto al doctor, le pide el santo le permita marcharse y le ayude en su viaje. Y le da la razón que nos interesa: « de nosotros será cumplir enteramente la voluntad de Su Santidad ». A Díaz de Luco, obispo de Calahorra, le escribe en forma semejante: « Como no somos nuestros, ni queremos, nos contentamos en peregrinar donde quiera que el Vicario de Cristo nuestro Señor mandando nos enviare ». ²⁹ Comprendía el santo que esta actitud de disponibilidad completa podía deshacer ideales e intereses particulares, pero « no se puede dejar de obedecer a Su Santidad, y haberemos paciencia, si nos desacomoda en obras particulares que ahora se fundan por acudir al bien universal ». ³⁰

El P. Laínez confirma con el conocimiento que tenía del santo, la verdad de estos asertos. No se reducían a normas teóricas. Constituían la norma práctica de acción. Dijo en una plática de 1559 que san Ignacio « quando si trovava in dubio d'alcuna cosa, diceva: La Sede Apostolica ci risolverà et insegnerà, et a lei si rimetteva et commetteva ». ³¹

Este es el motivo de por qué buscó el valimiento de san Francisco de Borja para conseguir una de las tres cosas que más deseó en su vida: ³² la aprobación del libro de ejercicios, y por qué después de la aprobación no consintió —él que antes había limado con tanto cuidado el texto— en que se cambiase ni una sola palabra, ni siquiera un pretérito imperfecto por un presente de subjuntivo, como le proponían para que no pareciese que en el texto se defendía la sentencia sobre la gracia de Ambrosio Catarino. ³³

La Iglesia había hablado y avalado la obra. Ya no era suyo el texto. Cambiar algo era cambiar algo de la Iglesia.

El santo dio pruebas frecuentes de esta confianza que tenía en el pontificado. No dudaba que si él se ponía plenamente en manos de la Santa Sede, el Señor estaría con él y con su obra. Acudía

²⁹ *Epp.* I p. 359; 241.

³⁰ *Epp.* IX p. 337.

³¹ *Font. narr.* II p. 137.

³² *Font. nar.* I p. 355.

³³ Cf. IPARRAGUIRRE, *Historia de los ejercicios* I p. 101.

con plena confianza en sus asuntos al Papa. Se interesaba por todo lo de él, como cosa propia. Oraba todos los días por él « y ahora que está enfermo, dos veces y siempre con lágrimas ». ³⁴

No era el Papa el que tenía que someterse a él, sino él al Papa. No dudaba por ello que si la Compañía hacía lo que debía, todos los Papas le serían favorables, es decir, le manifestarían la voluntad de Dios, le asignarían lo que tenía que realizar y le ayudarían para poder llevar a cabo la misión encomendada. Véanse las líneas llenas de confianza en Dios y en el pontificado que escribió a propósito de la elección de un nuevo Pontífice:

« Quod ad Societatem attinet nostram, parum solliciti eramus, tum quod universalis Ecclesiae utilitas, nostra desideria tenebat, tum quod bonus Pontifex Ecclesiae Dei, nostrae Societati bonus etiam futurus erat, cum pro virili parte ad finem eundem omnes nervos suos Societas intendat ». ³⁵

Pocos días antes había escrito frases semejantes: « No teníamos duda que cualquier Papa fuera bueno para la Compañía ». ³⁶

II - ANALISIS DE LA CONCEPCION ECLESIAL IGNACIANA

1. Concepción esencialmente cristocéntrica

Podemos ya profundizar en la misma concepción de Iglesia según san Ignacio. Hemos visto cómo fue desarrollándose, su alcance, su proyección. Ya hemos dicho que fue una vida, y una vida sólo se entiende en un clima real. Pero esto no quiere decir que no latiera en el fondo una concepción determinada, una manera peculiar de considerar la Iglesia.

La concepción ignaciana se puede expresar de manera muy sencilla. Vio el santo la Iglesia como la continuación de Jesucristo. Proyectó sobre la Iglesia el amor y los sentimientos que profesaba hacia Jesucristo. Vio siempre la Iglesia como la prolongación viviente de Jesucristo.

Esta íntima relación entre Jesucristo y la Iglesia la describe en los ejercicios con términos que difícilmente podía uno esperar usase san Ignacio, ya que apenas emplea en sus escritos expresiones semejantes. La Iglesia, dice es « la vera esposa de Cristo nuestro Señor ». « Entre Cristo nuestro Señor, esposo, y la Iglesia, su esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas ». ³⁷

³⁴ *Font. narr. I* p. 703.

³⁵ *Epp. IX* p. 16.

³⁶ *Epp. VIII* p. 666.

³⁷ *Ejerc. nn.* 353, 365.

Esta idea forma el fundamento de las reglas para sentir en la Iglesia. Se encuentra en la primera regla, como principio de todo el racionamiento y base en que se funda y en la regla 13 que probablemente en la primera redacción formaba la última regla, como colofón y cifra de las demás.

Las cartas del santo nos muestran cómo de hecho en las diversas circunstancias veía el avance de la Iglesia, no como el avance de ideales políticos o de planes terrenos, sino de Jesucristo. Progresó la Iglesia en Alemania a través del trabajo de san Pedro Canisio. Para Ignacio los progresos son manifestación del poder y de la fuerza de Jesucristo.³⁸ Se realiza la reconciliación de Inglaterra con la Iglesia católica gracias a la acción del Cardenal Pole. El hecho lo considera como un beneficio del Señor « a tutta la sua Chiesa » y le proporciona una « allegrezza spirituale tanto universale ». ³⁹ Contempla el suceso como la vitoria de Cristo presente en la Iglesia, quien a través principalmente del cardenal « tanto aperto ci ha mostrato il tesoro di sua gratia et charità » y espera que seguirá el Señor ayudando para que se siga aplicando « efficacemente alla salute delle anime quel pretiosissimo sangue et vita sua, per loro offerta al Padre eterno ». ⁴⁰

La universalidad del amor a la Iglesia se deduce de esta visión. Si considerase un hecho, supongamos este de la recuperación de Inglaterra a la Iglesia, como el triunfo de una nación amiga o enemiga, sus reacciones estarían en función del afecto o desafecto hacia esa nación. Pero considera cada nación como un miembro de toda la Iglesia. Ama a Cristo, cabeza de la Iglesia, y a ésta en cuanto miembro de Cristo. Como él escribe: « totum Ecclesiae corpus in eius capite Christo Iesu diligere debemus ». ⁴¹ Esta visión y proyección de Cristo en la Iglesia hace que a medida que viva más profundamente el misterio de Cristo, vaya penetrando más en el sentido de la Iglesia. Y san Ignacio, desde la ilustración de El Cardener fue cada vez contemplando más a Cristo en cada uno de sus miembros. En los ejercicios, en la meditación del Reino de Cristo, en la que hace la presentación de Jesucristo al ejercitante, le presenta como uno que tiene todavía que « entrar en la gloria de mi Padre », ⁴² es decir, que está trabajando porque todos los hombres puedan con él entrar en la gloria del Padre. Mientras algunos miembros estén « en la pena », no ha entrado todavía « en la gloria » el Cristo total, el que pone el santo delante del ejercitante, para que colabore a este desarrollo del cuerpo total de Cristo, que es la Iglesia. El mismo san Ignacio en la carta al Negus recalca esta pre-

³⁸ Cf. *Epp.* I p. 390.

³⁹ *Epp.* VIII pp. 309, 308.

⁴⁰ *Epp.* VIII p. 308.

⁴¹ *Epp.* V p. 221; BAC p. 282.

⁴² *Ejerc.* n. 95.

sencia de Cristo en la Iglesia. Es la promesa que el mismo Cristo hizo. « Promete Cristo nuestro Señor su asistencia diciendo: Estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos ». ⁴³

2. La Iglesia, fuente de vida espiritual

También deriva de Jesucristo otro de los aspectos que considera en la Iglesia: la vida espiritual que dimana de ella. Se sabe cómo la concepción de Jesucristo salud y vida es una de las más típicas del santo. El es, como dice san Ignacio en el primer ejercicio, la primera vez que lo presenta al ejercitante, « vida eterna ». El muestra al hombre « la vida verdadera ». ⁴⁵ El es, como repetidas veces recalca en sus escritos « vera salute et vida nostra », « salud y vida verdadera del mundo ». ⁴⁶ No deja nunca de vivificar el alma con los dones y gracias espirituales.

Si la Iglesia es la prolongación de Jesucristo y Jesucristo es vida, no podía menos de considerar a la Iglesia como fuente de vida y de salud espiritual. Fue éste sin duda uno de los aspectos más peculiares de la concepción ignaciana en aquel momento en que a la Iglesia se la concebía principalmente como potencia exterior y jerarquía. El P. Schneider pone muy de relieve este punto. Después de decir cómo el sentido eclesial ha llegado a formar la medula de la concepción ignaciana de su actividad espiritual, continúa: « Esto se puede considerar como algo nuevo en la Iglesia, en cuanto que por primera vez se ha concebido en forma expresa, junto a la idea de la imitación de Cristo y de la tendencia a la perfección, el pensamiento del servicio en la Iglesia como un elemento específicamente religioso... La orden de Ignacio ha brotado no sólo de su entusiasmo cristiano, sino también de su conciencia eclesial. Este sentido eclesial de la orden no tenía como ideal, o al menos no como principal ideal la defensa de los ataques contemporáneos contra la Iglesia y su unidad. Lo primario y fundamental era algo independiente de las condiciones de cualquier época, la dimensión religiosa de la esencia de la Iglesia. La veía incluso en su estructura visible y jerárquica como « esposa de Cristo » y en consecuencia en unidad con El ». ⁴⁷

De esta concepción esencialmente espiritual y cristocéntrica de la Iglesia dimana el hecho de que san Ignacio escogiese para su apostolado eclesial medios esencialmente espirituales, no sociales ni políticos. La vivificación espiritual era el método por excelencia.

⁴³ Mt. 28, 20. Texto en carta al Negus de 23 febrero 1555, *Epp. VIII* p. 464-465; BAC p. 906.

⁴⁴ *Ejerc.* n. 53.

⁴⁵ *Ejerc.* n. 139.

⁴⁶ *Epp.* VI p. 359.

⁴⁷ SCHNEIDER, *Die Kirchlichkeit* p. 293.

A través de ella se extendía en la Iglesia el conocimiento y amor de Jesucristo. Y el crecimiento y desarrollo de la Iglesia dependía de esta penetración vital de Jesucristo.

Había penetrado san Ignacio la relación que existía entre el crecimiento interno de la gracia en cada alma y el de la Iglesia. El avance de la Iglesia se desarrollaría más que a base de nuevas formas y estructuras externas, reanimando espiritualmente las existentes. El modo que siguió en la organización de la Compañía de Jesús es un ejemplo bien claro. Procuró más que crear nuevas formas —siempre eran necesarias algunas— vivificar las tradicionales. La figura jurídica de la Compañía de Jesús era la misma que la de los órdenes existentes. Procuró solamente buscar la manera de que se vivieran más plenamente cada uno de sus elementos.

De este modo fue unificando en Jesucristo, presente en la Iglesia, la estructura externa e interna de la Iglesia. Tenía valor ésta en cuanto servía a que Jesucristo se manifestase más vitalmente. La Iglesia no es para él primariamente una organización, sino « die Sichtbarkeit und Verleiblichung des Herrn selbst », como se expresa Schneider,⁴⁸ diríamos, la figura externa, como el rostro y la encarnación del Señor.

Los teólogos suelen atribuir esta vivificación al Espíritu Santo, alma de la Iglesia, inmanente en ella. Nadie puede poner en duda esta verdad. También san Ignacio lo afirma expresamente en su carta al Negus: El « cuerpo místico de la Iglesia católica, vivificado y regido por el Espíritu Santo ».⁴⁹ Lo hace a pesar de que el santo habla muy poco del Espíritu Santo, en parte por lo poco desarrollada que estaba en su tiempo la teología del Espíritu Santo, en parte porque se fija generalmente más en la unidad de la naturaleza de las tres personas divinas que en la acción de cada una de ellas. Generalmente hablando especifica poco la persona divina de la que proceden las gracias. Prefiere limitarse a atributos comunes: Bondad, Sapiencia. El va a la fuente última, al amor infinito del Señor.⁵⁰ Se expresa además casi siempre en general de dones y gracias sin especificar más.

Con todo no faltan ocasiones en que hable de la acción santificadora del Espíritu Santo, pero se fija el santo más bien en lo que el Espíritu Santo obra en cada alma. Véanse algunos textos.

« Il santissimo Spirito communichi abundantemente gli doni di sua gratia ». « Il santissimo Spirito non ci lasci... senza influſso abbondante delli doni suoi ». « Se hallarán mucho bien dispuestas y visitadas del Espíritu Santo, quien por la acostumbrada clemencia siempre in aumento quiera habitar en sus ánimas, seminando y

⁴⁸ SCHNEIDER, p. 300.

⁴⁹ *Epp. VIII* p. 464; BAC p. 906.

⁵⁰ Cf. *Epp. VI* p. 160 e IPARRAGUIRRE, *Espíritu de san Ignacio*. Bilbao 1958 p. 36-40.

echando frutos preciosísimos y muy aceptos y apacibles a la su divina majestad ». ⁵¹

No estamos estudiando aquí la acción del Espíritu Santo según san Ignacio, sino el papel de la Iglesia. Basten estos datos para ver cómo el santo por un lado insiste en la Iglesia como fuente de santidad, pero por otra se limita a hablar de manera muy genérica del modo como la Iglesia es vivificada sobrenaturalmente. Supone, como en tantos otros casos, la teología. Su devoción personal le lleva a Jesucristo y aun en este punto se dirige al Hijo, pidiéndole que nos llene del Espíritu Santo: « Plega a Jesu Cristo, criador y Señor nuestro, que os vista de arriba de la virtud del Santo Espíritu ». ⁵² Jesucristo va de este modo influyendo en la santificación de cada uno de los miembros de la Iglesia y por consiguiente en toda ella.

3. La Iglesia norma de verdad

Como san Ignacio escribe generalmente a personas creyentes y busca más que confirmarlas en la fe, aprovecharlas espiritualmente, apenas habla de las propiedades de la Iglesia. Sólo en la carta al Negus insiste en la verdad y unidad de la Iglesia. A los demás propone las consecuencias que se deducen de la verdad del dogma en orden al bien de sus almas.

Copiemos primero el texto de la carta a Negus que nos da en resumen el pensamiento de Ignacio sobre la unidad y verdad de la Iglesia.

Sienta primero la afirmación: « La Iglesia católica no es sino una en todo el mundo, y no puede ser que una sea debajo del Pontífice romano y otra debajo del alejandrino ». Fundamenta el aserto en su concepción de la Iglesia como esposa de Cristo: « Como Cristo, su esposo, es uno, así la Iglesia, su esposa, no es más que una ». ⁵³ Lo confirma con diversas frases de la escritura en que se habla más o menos explícitamente de un rebaño y de una unidad de familia, y con varias alegorías bíblicas.

Lo que nos importa ahora subrayar es cómo la verdad teológica y la espiritualidad eclesial las ve a través de una misma realidad y aun imagen, señal de lo arraigado y sólido de esta concepción ignaciana. De ella deduce para uno no católico la unidad y verdad de la Iglesia; para un fiel cómo la Iglesia es norma de verdad en todas sus acciones. La Iglesia es guía segura porque es la « vera esposa de Cristo ». ⁵⁴

⁵¹ *Epp. IX* p. 106; *I* p. 300.

⁵² *Epp. VIII* p. 436.

⁵³ *Epp. VIII* p. 462; *BAC* p. 904.

⁵⁴ *Epp. VIII* p. 464; *BAC* p. 906.

La santidad la enlaza con la nota de la verdad. La Iglesia es santa, porque participa de la gracia de Jesucristo. « Quien no estuviere unido con el cuerpo della no rescibirá de Cristo nuestro Señor, que es su cabeza, el enflujó de la gracia que vivifique su ánima y la disponga para la bienaventuranza ». ⁵⁵ La santidad de la Iglesia no es más que la santidad de Jesucristo que se comunica a ella y vivifica sus miembros.

Este texto es de gran importancia. Da una luz nueva a todos aquellos en que san Ignacio habla de la acción santificadora de Cristo. Todos ellos son en cierto sentido textos eclesiales. Suponen que esa santificación se da en la Iglesia y que la fecunda. Estar unido con Cristo, es estar unido con la Iglesia. El es la cabeza y quien está unido con la cabeza lo está con los demás miembros. De este gran principio: « fuera de ella [la Iglesia] no hay bien ninguno », ⁵⁶ deduce toda clase de consecuencias para la vida espiritual. El hablaba y escribía a personas que vivían el sentido eclesial y no necesitaba explicarles lo que ya conocían y practicaban, pero suponía la visión de la Iglesia, veía todo en función de ella, como lo explica en esta ocasión que se dirige a uno que no cree en ella y en quien por consiguiente no puede presuponer, como en sus ordinarios destinatarios, esta realidad.

Por el mismo motivo en la comunicación de bienes espirituales a los bienhechores apela a la Iglesia como cuerpo místico: « In Ecclesia catholica, ut corpore mystico Iesu Christi compacto et conexo per omnem iuncturam subministrationis (teste apostolo) membra omnia pro se invicem sollicita sint, ut singula iuxta mensuram gratiae sibi a capite Iesu Christo infusae... ». ⁵⁷ La santidad de la Compañía es una mínima parte de la santidad del cuerpo de la Iglesia. La Compañía no puede nada por sí misma: « nec cogitare bonum tamquam ex nobis valeamus ». Todo lo que realiza, los bienes que posee son « pro mensura donationis Iesu Christi, a quo omnis nostra quantalacunque sufficientia est ». ⁵⁸ Lo que Cristo hace por la Compañía es en bien de la Iglesia. Quiere por ello san Ignacio comunicar esos dones que no son suyos, sino de la Iglesia, a los que con su apoyo, consejo, valimiento, dinero, hacen posible que puedan trabajar en la viña del Señor. De esta manera concreta entiende el santo la comunión de los santos y la santidad de la Iglesia.

De estos principios deduce otra conclusión práctica para los que en ejercicios desean elegir estado. Todo lo que elijan tiene que estar dentro de la Iglesia y ser conforme a sus normas. Si la santidad viene de Cristo por la Iglesia, no podrán elegir estado alguno

⁵⁵ *Epp. VIII* p. 463, BAC p. 905.

⁵⁶ *Ibid.*

⁵⁷ *Epp. III* p. 234. Cf. *Epp. IV* pp. 251, 252.

⁵⁸ *Epp. III* p. 235.

que les lleve a la santidad, si se encuentra fuera del cauce de ella. Por ello el primer pronto « para tomar noticias de qué cosas se debe hacer elección » es que las cosas que se eligen « militen dentro de la santa madre Iglesia hierárquica, y no malas ni repugnantes a ella ». ⁵⁹ Al hablar del tercer tiempo insiste en lo mismo, que lo que se desea elegir esté « dentro de los límites de la Iglesia ». ⁶⁰ La Iglesia es la guía y norma segura, fuera de la cual, como oímos ya del santo « no hay bien ninguno ». ⁶¹ Estar fuera de la Iglesia es estar en estado de cisma. Querer vivir espiritualmente fuera de la Iglesia, creyendo que puede uno santificarse con medios extraños de alguna manera a ella, es para el santo una especie de luteranismo práctico: « Dire etiam che non vuole vivere de beni de Chiesa, ma delle sue fatiche, etiam è pazzia, che pare habbia gusto de luteranismo ». ⁶² La pobreza religiosa, como toda virtud es « un precioso tesoro en el campo de la Santa Iglesia » o yendo más al fondo es « el mismo Cristo ». La Iglesia es la continuación de Cristo, su santidad, la santidad de Cristo. Los « dones espirituales » que nos da Cristo en su Iglesia, son el regalo de su presencia. El « non si divide mai di loro ». ⁶³

III - ACTITUDES ANTE LA IGLESIA

San Ignacio no se limita a hablar de lo que es la Iglesia para el cristiano. Señala también lo que debe ser y hacer el cristiano para la Iglesia. No es posible siempre separar adecuadamente las dos actitudes, sobre todo dada la manera con que el santo habla de la Iglesia, y el hecho de que en la vida real y el progreso espiritual, que el santo tiene delante cuando habla de estas realidades, se corresponden y complementan las dos actitudes.

A pesar de esto, aunque alguna vez tengamos que repetirnos algo, necesitamos mostrar de una manera orgánica y sistemática la naturaleza de la respuesta que según el santo, debe dar todo fiel cristiano, a la Iglesia.

1. Amor a la Iglesia

El amor exige amor. San Ignacio vio la Iglesia como fuente de amor: esposa y madre, porque si cuando habla de la relación de

⁵⁹ *Ejerc.* n. 170.

⁶⁰ *Ejerc.* n. 177. Cf. *Ejerc.* n. 351.

⁶¹ *Epp.* VIII p. 463; BAC p. 905.

⁶² *Epp.* V p. 452; BAC p. 824.

⁶³ *Epp.* I p. 575; BAC p. 702.

la Iglesia con Jesucristo usa la imagen de esposa, como repetidas veces lo hemos observado, cuando describe sus funciones con los hombres, la llama siempre madre: « la santa madre Iglesia hierárquica », « la vera esposa de Cristo nuestro Señor, que es la nuestra santa madre Iglesia hierárquica », « concilios, cánones y constituciones de nuestra santa madre Iglesia ». ⁶⁴

Si la Iglesia es madre, el cristiano es hijo. La actitud obvia de un hijo es mostrarse como tal hacia la madre, corresponder con su amor al amor de ella.

El amor a la Iglesia era para el santo una prolongación del amor a Jesucristo y del amor a Dios « en todas las cosas ». Debía por consiguiente poseer las dos cualidades que el santo exigía en todo amor. Debía ser un amor total: « no en parte, mas en todo » ⁶⁵ y un amor que se traduzca en obras: « con obras y verdad », « opere et veritate », ⁶⁶ que se ponga « más en las obras que en las palabras ». ⁶⁷

De este modo concibió el modo como la Compañía tenía que amar a la Iglesia: con obras, trabajando por ella. En la *Forma del Instituto*, donde se da la quintaesencia del Instituto, se pone como fin supremo de la Compañía: « servir a sola su divina Majestad, y a su esposa la santa Iglesia, so el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra ». ⁶⁸ La Compañía de Jesús la fundó para esto: para trabajar en « bien de la universal Iglesia ». ⁶⁹ Afirma que lo que llenaban nuestros deseos era la utilidad de la Iglesia universal. « Universalis Ecclesiae utilitas nostra desideria tenebat ». ⁷⁰ La vocación a la Compañía era una « ayuda de muchas ánimas en su santa Iglesia ». ⁷¹ Las últimas líneas de la carta de perfección que escribe a los escolares de Coimbra son para exhortarles a ayudar a la Iglesia. Es el supremo ideal: « Crezcáis en su servicio para mucha honra y gloria suya y ayuda de su Iglesia santa ». ⁷²

2. Fe y confianza en la Iglesia

Hemos dicho que el trabajar por la Iglesia era el modo concreto de amarla. Por ello supone y exige las condiciones de todo amor: tener confianza en la persona amada. Toda la confianza que san Ignacio tenía en Jesucristo y la que procuraba crear en torno a su supremo amor, forma la base del amor a la Iglesia.

⁶⁴ *Ejerc.* nn. 170, 353, 363.

⁶⁵ *Epp.* I p. 170; BAC p. 641.

⁶⁶ *Epp.* XII p. 240; BAC p. 24.

⁶⁷ *Ejerc.* n. 230.

⁶⁸ MHSI, *Constitut.* I. p. 375; BAC p. 410.

⁶⁹ *Const.* n. 136.

⁷⁰ *Epp.* IX p. 16.

⁷¹ *Epp.* VI p. 431.

⁷² *Epp.* I p. 510; BAC p. 689

El « creer » en la verdad de la Iglesia⁷³ era el fundamento dogmático de esta espiritualidad de fe en la Iglesia. Pero en el fondo no era creer en una verdad, sino en una persona que presenta esa verdad. « Tanto es el crédito que quiere Cristo nuestro Señor que se dé a su Iglesia que dice por el evangelista san Lucas: El que a vosotros oye, a mí me oye y el que a vosotros desecha, a mí me desecha ».⁷⁴ Bien claramente lo dice el santo: oír a Cristo, aceptarle: esta es la base de la fe. Pero no se pueden aceptar las proposiciones de creer en « la autoridad », sino también « en la providencia de nuestra santa madre Iglesia ».⁷⁵ Se trabaja por la Iglesia porque se ama a ella, y se ama porque se ve a Cristo presente en ella, dirigiendo todo por ella.

Esta fe es un estado psicológico interno de confianza en la persona a quien uno se entrega, es « tener ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo a la vera esposa de Cristo nuestro Señor », ⁷⁶ lo que exige una actitud interna de « humildad y reverencia a la nuestra santa madre Iglesia », ⁷⁷ un deponer « todo juicio ». ⁷⁸ No se juzga de una persona de quien uno no se fía plenamente.

Hay que fiarse plenamente de la Iglesia, aun en lo más personal e íntimo: en los dones y gracias extraordinarias que uno recibe de Dios. Se ha de someter plenamente al juicio de la Iglesia aun este mundo interior que parece dominado por la presencia del Señor. Lo hemos visto en san Ignacio. El se sometió en sus ideales jerosolimitanos. El texto que acabamos de citar de la necesidad de tener « humildad y reverencia a la nuestra santa madre Iglesia » está tomado de una carta a san Francisco de Borja en que le está hablando de los dones espirituales más sublimes como consolaciones, elevaciones, impresiones, iluminaciones, gustos. Aun esos dones tienen que ser recibidos « con humildad y reverencia a la nuestra santa madre Iglesia y a los gobernadores y doctores puestos en ella ».

3. Alabar todo de la Iglesia

De esta actitud interna de confianza y amor brota espontáneamente la actitud que san Ignacio pone en primer lugar en todas y cada una de las primeras once reglas para sentir en la Iglesia: el santo quiere que se alaben todas y cada una de las cosas, devo-

⁷³ *Epp. VIII* p. 466; BAC p. 907.

⁷⁴ Lc. 10, 16 citado en el texto *Epp. VIII* p. 466; BAC p. 907.

⁷⁵ *Const.* n. 22.

⁷⁶ *Ejerc.* n. 356.

⁷⁷ *Epp. II* p. 236; BAC p. 714.

⁷⁸ *Ejerc.* n. 353.

⁷⁹ *Epp. II* p. 236; BAC pp. 713-714.

ciones, prácticas, disposiciones, instituciones, preceptos de la Iglesia.⁸⁰

Se ha de poner todo el hombre entera y totalmente a disposición de la Iglesia. Han de colaborar todas y cada una de sus potencias, facultades y sentidos. Ha de mostrar humildad y reverencia interna, obediencia plena y como reflejo y manifestación de esta posición y de este acatamiento de todo el ser, ha de dedicarse a « alabar », es decir, a proclamar todo lo bueno y grande de la Iglesia.

El concepto de alabar en san Ignacio es uno de sus conceptos más personales y profundos. No es una expresión más, es una en que ha encerrado un mundo de vivencias y conceptos que no es fácil desentrañar.

Alabar es la primera función que debe realizar el hombre para cumplir su fin.⁸¹ El propio santo da una definición muy precisa, de resonancia bíblica, escribiendo a Teresa Rejadell: es atribuir a Dios lo que hay en uno, publicar los dones del Señor: « Así hablando le alabáis, porque su don publicáis y en el mismo os gloriáis, no en vos, pues a vos misma aquella gracia no atribuíis »⁸²

El mismo san Ignacio pone un ejemplo concreto de lo que es alabar. Octavio Cesari estaba sufriendo muchos combates a causa de su fidelidad a la vocación. En una carta a su padre la ruega que ayude a su hijo para que se vea « la sua constantia più chiaramente, et in quella laudarsi Iddio N. S. ». ⁸³ Es decir, la constancia servía de manifestación de la fortaleza y acción de Dios nuestro Señor. Ottavio alababa a Dios, porque en su conducta reflejaba a Dios.

En otra carta señala el santo la actitud necesaria para poder transparentar a Dios de esta manera. Se debe mirar « a Dios nuestro Señor en todas las cosas... confiar el todo en Dios nuestro Señor » sirviéndose « de lo que me ha dado ». Si se realiza esto, dice, se desea « en todas cosas su mayor alabanza y gloria ». ⁸⁴ Sirviendo a Dios y alabándole, se le da gloria, ⁸⁵ porque se puede contemplar al Hacedor a través de las criaturas, es decir, en su relación más íntima de dependencia continua del Criador y en los demás « como en su imagen », ⁸⁶ descubriendo en ellas el reflejo divino. ⁸⁷

El alabar a Dios es en una palabra « hacer todas las cosas por

⁸⁰ *Ejerc.* n. 353. Cf. *Ejerc.* n. 362.

⁸¹ *Ejerc.* n. 23. Cf. *Epp.* I 339; BAC p. 664.

⁸² *Epp.* I p. 102; BAC p. 625.

⁸³ *Epp.* V p. 327; BAC p. 828.

⁸⁴ *Epp.* IX p. 626; BAC p. 934.

⁸⁵ Cf. *Const.* n. 82.

⁸⁶ *Const.* n. 250.

⁸⁷ *Const.* n. 135.

su divino amor y reverencia ». ⁸⁸ Es un don tan excelso que sólo lo puede enseñar « la unción santa de la divina Sapiencia ». ⁸⁹ Es una comunicación del Criador y Señor « a la su anima devota. ⁹⁰ Es reconocer los beneficios recibidos en lo más íntimo del ser, ⁹¹ contemplar el reflejo divino en todo lo creado, servirse de las criaturas ordenadamente para el fin y poder a través de ellas amar y servir a Dios nuestro Señor.

Todo esto encierra para san Ignacio el concepto de alabanza y por consiguiente todo esto ha de encontrar el alma en la Iglesia. En el fondo es ver a Cristo esposo obrando en ella y descubrir el espíritu de Jesucristo en las manifestaciones externas de ella. Como se ve no puede darse respuesta más profunda. Es el fruto de la contemplación para alcanzar amor, el modo de imitar la actitud de Dios para con el alma.

Para nosotros aquí radica lo más profundo y esencial de la respuesta ignaciana, la clave de las demás disposiciones. San Ignacio no especifica el modo concreto con que ha de comportarse en cada uno de los momentos. Sabe que si el alma está poseída de esta plenitud interna, acierta a ver reflejada la imagen divina en las realidades humanas de la Iglesia. Ha llegado a la zona más elevada.

Alabando a Dios en la Iglesia, imita a Dios del modo más perfecto posible, cumple el fin para que ha sido creado, usa ordenadamente de todos los bienes.

Es como si san Ignacio dijese que sólo cumpliendo lo que la Iglesia quiere, sometiéndose plenamente a sus preceptos y sobre todo viendo en ella el espíritu de su esposo Jesucristo, se puede cumplir el fin para que Dios ha creado a cada hombre, llevar una vida ordenada, en una palabra amar y servir a Dios.

Se explica uno ahora por qué san Ignacio fue el hombre de la Iglesia y todo su ser quedase polarizado por este ideal. La Iglesia era todo para él, ya que era el espíritu de Jesucristo y Jesucristo era su salud y vida.

IGNACIO IPARRAGUIRRE, S. J.

⁸⁸ *Const.* nn. 118, 132.

⁸⁹ *Const.* n. 161.

⁹⁰ *Ejerc.* n. 15.

⁹¹ *Cf. Ejerc.* n. 240.